



EUPHORIA

-El Algoritmo Swann-

J. S. Ardiz

EUPHORIA
-El Algoritmo Swann-



Primera edición: noviembre de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© J. S. Ardiz

ISBN: 978-84-19439-72-7

ISBN digital: 978-84-19439-73-4

Depósito legal: M-27217-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

«... at least I deserve the respect of a kiss goodbye»
(*I Walked* -Sufjan Stevens)

NOTA DEL AUTOR

Como podrán comprobar rápidamente, la música es parte fundamental del libro. Hay párrafos y fragmentos que se han escrito *influenciados* por determinadas canciones y que figuran como nota al pie en el momento en que empiezan a sonar realmente en la historia. Para una completa experiencia e inmersión en el mundo de *Euphoria*, el lector puede seguir también el hilo musical mientras está leyendo.

La lista de las canciones, en orden de aparición en el libro, puede escucharse aquí: <https://sptfy.com/euphoria> (Spotify) o <http://shorturl.at/cxEY4> (YouTube).

Elephant Gun (Beirut)

Your Ex-Lover Is Dead (Stars)

I Believe In Symmetry (Bright Eyes)

Let Down (Radiohead)

Brennisteinn (Sigur Rós)

Between The Bars (Elliott Smith)

Ljósið (Ólafur Arnalds)

Poison Oak (Bright Eyes)

Beautiful Boyz (CocoRosie)
Only The Winds (Ólafur Arnalds)
Suffocation Street (Boy Omega)
Look At The Light (Sin Fang)
Nantes (Beirut)
Paranoid Android (Radiohead)
Hyperballad (Björk)
Matilda (alt-J)
Looped (Kiasmos)
The Greatest Bastard (Damien Rice)
Random Haiku Generator (Sin Fang)
Vaka – Live (Sigur Rós)
Je Veux (Zaz)
I Follow The Rivers (Lykke Li)
Green Green Grass of Tunnel (Múm)
Recomposed: Vivaldi, Spring 1 (Max Richter)
What Else Is There (Röyksopp)
Should Have Known Better (Sufjan Stevens)
Disarm (The Smashing Pumpkins)
Idioteque (Radiohead)
Hoppípolla (Sigur Rós)



CAPÍTULO 1: EL ALGORITMO

*If I was young, I'd flee this town
I'd bury my dreams underground
As did I, we drink to die, we drink tonight*
(Elephant Gun - Beirut)

*When there's nothing left to burn
You have to set yourself on fire*
(Your Ex-lover is Dead - Stars)

Después del tumulto, las luces¹; la melodía fue subiendo y bajando hasta los tonos familiares, conocidos, que desataban una suave calma interior, adormecida y tenue, brillante. Siempre era así: el perfil ya casi invisible de su ausencia, las palabras sin futuro, la melancolía tejida en cada paisaje y, por supuesto, los recuerdos, los malditos recuerdos que volvían una y otra vez a su cabeza para recordarle lo feliz que podía haber sido.

1 Elephant Gun (Beirut).

Swann terminó su copa mientras observaba atentamente la reacción del público más cercano al escenario. Era la cuarta actuación de un grupo nuevo —Beirut— que llevaba en este mes y era la primera vez de las cuatro que se iba a pedir una segunda copa para seguir escuchando; le interesaba. Swann estaba entrenado para escuchar, para clasificar la música. Pagó la segunda copa y se concentró en la melodía que empezaba a sonar. Sería uno de los pocos del bar que no habría tomado euphoria aún, pero nunca lo hacía cuando quería *descubrir* nueva música. No quería que interferencias emocionales nublaran su sentido musical; quizá dos o tres notas sacadas de contexto de una melodía tocasen un recuerdo muy intenso, haciéndole creer que la música era sublime, bella o triste, cuando todo el peso emocional lo había provocado él a través de su memoria. No, prefería sentir la música con sus propios sentidos, sin que los recuerdos la alterasen.

Siguió escuchando y categorizando mentalmente la canción: casi sesenta variables que segmentaban y clasificaban la música; ya se había hecho una idea, era suficiente. Hizo una seña a la camarera y esta le trajo una euphoria. Apuró el *gin* mientras se tomaba la pastilla y esperó. Empezó a concentrarse en la música. El cantante conseguía sobresalir sobre los instrumentos: violines, xilófono, guitarras y piano; cada vez tomaba más protagonismo la voz principal, que se hacía cálida y cercana; poco a poco, la melodía fue entrando suavemente dentro de él y cuantas más estrofas escuchaba, más familiar se hacían los acordes y más seguro se sentía: tenía la sensación de que le es-

taban cantando solo a él. Algunas imágenes empezaron a dibujarse en su mente: iba caminando por la calle de una ciudad, por un mercado con puestos de madera a los lados; debía ser ya tarde, el sol estaba a punto de ocultarse, y algunos puestos tenían ya las luces encendidas. Como siempre, ella no estaba: su última sonrisa, sus palabras antes de despedirse, sus ojos; siempre parecía que todo iba a ser diferente, pero, en cuanto se separaban, todo se volvía distante y lejano. La nieve iba cubriendo cada gesto cariñoso, cada palabra que parecía decir más. Y a veces el frío, el maldito frío, esa sensación al leer algunos de sus mensajes llenos de palabras que cortaban como un puñal y que provocaban en Swann una sensación de profunda tristeza; en ese momento intentaba también alejarse, provocar, escapar, intentaba destrozar con ese mismo puñal todos los sentimientos hacia ella.

La melodía se iba volviendo cada vez más agresiva, o eso le parecía, y Swann empezó a sentir que estaba cada vez más furioso. *Daba igual cada palabra que tenían entre los dos; todo era mentira. Todo seguía siendo tiempo perdido, como al principio. ¿Volveríamos otra vez a empezar de nuevo? Necesitaba algo más, un gesto, una palabra por la noche; siempre, todo era más fácil de lo que parecía: los restos de un naufragio. Y seguía mirando el móvil por si se encendía la puta luz y recibía el mensaje que siempre quería recibir. Todo el aire, cada noche, la luna, todo iba desapareciendo sin que ni siquiera nos diéramos un beso. Todo era mentira; todo brillaba, sí, pero eran solo instantes, reflejos irreales que yo provocaba imaginando. Como siempre, como siempre, ella se arrepentiría, pero tarde; dejaría de percibir la melodía, iría desa-*

pareciendo lentamente; imposible detener la rabia, la impotencia de saber lo que iba a pasar, de no poder sujetar todo con las manos, de no poder vencer; al final todo era lo mismo.

Swann dejó la copa bruscamente mientras se levantaba de la mesa y salía precipitadamente del bar. Esta vez prefirió no dejar que la música siguiera potenciando sus emociones; sentía que estaba perdiendo el control.

Una vez fuera, y aunque tenía todavía los ecos de la melodía en su cabeza, dejó que el aire fresco le acariciase de nuevo. Intentó recordar lo último que había escuchado, tenía entrenada la mente para analizar cada estrofa, para asignar valores que definían cada canción. Eso siempre conseguía tranquilizarle: su mente iba entrando en un modo más aséptico, frío, más distante.

Siguió andando y, sin saber por qué, la imagen de Teresa fue emergiendo lentamente dentro de él. Ella fue la que empezó todo, la que le dio la idea de clasificar la música, la chica-de-ojos-azules que estaba en su clase de universidad, y que, aunque ella nunca lo supo, fue fundamental en su vida.

—Así que estás en el grupo de teatro.

—Sí, vamos todos los jueves, ¿por qué no te apuntas?

Y así fue como Swann, en su primer año universitario, con su eterno complejo de vergüenza en público y sin saber cómo, aceptó sin rechistar y al instante la invitación al grupo de teatro. Por supuesto, se hizo pasar por mucho más bohemio de lo que realmente era y empezó a frecuentar las tertulias literarias y artísticas. Teresa sonreía todo el tiempo y Swann cada vez veía más su sonrisa en

todas partes. Las tardes se las pasaba con todo el grupo, en el césped del paraninfo de la universidad, discutiendo sobre libros, teatro, física, filosofía... Nunca supo cómo Teresa pudo acabar la carrera siendo una de las cinco primeras de su promoción. Él suspendió todas las asignaturas mientras trataba de hacerse pasar por bohemio y a duras penas consiguió aprobar una en septiembre, lo mínimo para que no le echasen de la carrera.

Recordó su única cita con ella; fue a recogerla a su residencia universitaria, militar, ya que su padre era teniente general del Ejército del Aire. La cosa empezó mal, ya que, mientras esperaba en el *hall* de entrada, el cabo que atendía la recepción le miró burlonamente.

—Pues Teresa a lo mejor tarda un poco porque lleva toda la tarde en su habitación con un amigo. ¿Seguro que has quedado ahora con ella?

Y, por supuesto, la débil barrera de seguridad y confianza en sí mismo que tenía Swann se desmoronó brutalmente, dejándole con unas ganas atroces de salir corriendo. Se mantuvo firme.

—Sí —dijo Swann intentando sonreír de la forma más natural del mundo.

Lo que no sabía era que el maldito soldado estaba completamente enamorado de Teresa y que intentaba por todos los medios confundir y destruir a sus pretendientes. De hecho, ese cabo, Yann, fue el único novio serio que tuvo Teresa en toda su estancia universitaria y la forma en que lo consiguió —apenas un año después— fue trágicamente lamentable: una vez, estando en la ha-

bitación de Teresa, consiguió ver cómo ella introducía la contraseña de su *e-mail*. A partir de ahí, todos los días, ya desde su ordenador, leía cada mensaje que ella escribía y recibía.

La estrategia parece que consiguió al menos acercarle a los sentimientos de ella: leía y sufría con cada nuevo amigo, con cada contestación de ella en la que vislumbraba cualquier nuevo sentimiento; Teresa escribía siempre a una amiga que vivía en otra ciudad. Cada vez que veía una película, leía un libro, iba a un concierto, se cruzaba con alguien interesante..., esa misma noche, y sin faltar un solo día, escribía a su amiga y le hacía unas larguísimas confidencias en las que expresaba todo lo que pasaba por su cabeza.

Yann fue imprimiendo, noche tras noche, todos los correos electrónicos, leyendo y releendo las líneas en las que Teresa abría su alma e interpretaba todo lo que tenía alrededor. Y cada noche maldecía en todos los idiomas del mundo al no encontrarse incluido en ninguno de los mensajes. Le sorprendió ver cómo relataba el paseo que hacía todos los días para llegar a clase, atravesando un pequeño parque con árboles: «Cuando me voy acercando, noto que el aire empieza a moverse; unas pequeñas gotas de brisa fresca me despiertan, y siempre dudo entre los dos caminos que tengo para atravesar el bosque: uno es un camino casi sin marcar, que cruza y avanza llevándome siempre hacia los árboles más viejos; el otro sube por un pequeño puente de madera; no sé muy bien qué hace allí, quizá hace mucho tiempo sí que servía para algo...».

Yann no se explicaba cómo Teresa no se había dado cuenta —esa misma mañana, al salir de la residencia— de la música que había puesto mientras ella pasaba por el *hall* de entrada. Era su grupo favorito, pensaba que se pararía de golpe al escucharlo: «¡Yann! ¿En serio? ¡Me encanta! Ahora tengo mucha prisa, pero si quieres esta tarde cuando vuelva la escuchamos juntos, tranquilamente...». Pero, por supuesto, no dijo nada, ni siquiera le mencionó en el *e-mail* de esa noche.

A partir de aquí, decidió cambiar de táctica y trazar una estrategia en la que se anticiparía a los deseos de ella. Así, cuando leyendo sus *e-mail* se enteraba de algo que quería —un libro, una película, visitar algún lugar...—, él se sacaba de la manga ese regalo o ese plan y conseguía sorprenderla. Así fue como, poco a poco, consiguió despertar la curiosidad de Teresa por él y —al menos— empezar una relación.

En ese momento apareció Teresa con unos cuantos libros debajo del brazo y, sí, acompañada por un amigo que Swann no había visto nunca.

—¡Ya estás por aquí! —le dijo mientras le abrazaba y le daba dos besos. Swann sintió el olor fresco de su pelo recién lavado. «¿Recién lavado?». Y como si ella pudiese leer sus pensamientos, se echó a reír.

—Te presento a () —Swann ignoró y borró instantáneamente el nombre de su memoria—, es mi vecino de habitación. () sonrió mientras le estrechaba la mano.

—¿Nos vamos? —le preguntó Swann sonriendo.

—Sí. Ya verás cuánto te gusta la obra de teatro.

Y, de esa cita, Swann guarda recuerdos vagos; su principal objetivo, mientras sufría la obra de teatro alternativo *Las manos*, —algo de la posguerra, en entorno rural, con gente pasando hambre y con los actores susurrando al oído al poco público que había—, era rozar la mano de Teresa y sentir si ella respondía de alguna manera. Después de varias caricias imperceptibles, sin saber si eran o no eran realmente caricias, desistió por el momento y se concentró en la obra. Intentó analizar la parte artística para poder, en las cervezas posteriores que ya estaba planeando, poder asombrarla con su capacidad analítica y su gran sensibilidad crítica. Pero todo fue saliendo al contrario de lo que había pensado. Nada más acabar la obra, Swann propuso ir a tomar unos vinos a un bar que conocía y que estaba cerca.

Y aquí es donde apareció de la nada, según salían del teatro, uno de sus amigos de la facultad que casualmente no tenía planes, por lo que Teresa no tardó ni un segundo en invitarle a unirse a ellos. Esa noche, que Swann no recordaba del todo, terminó con los tres en un bar con música en directo después de demasiadas cervezas.

El grupo² que tocaba era una mezcla de *rocké* con algunos toques clásicos muy curiosos y el dueto de voces conseguía un efecto inmersivo, casi cinematográfico. Esa música, sumada al alcohol que había tomado antes, llevó a Swann a un estado extraño de felicidad. Desde ese momento, sus recuerdos se volvieron confusos y tenues, como una frágil línea que podía romperse en cualquier

2 *Your Ex-Lover Is Dead* (Stars).

momento... Por eso nunca llegó a saber si le quitó a Teresa la copa que llevaba en la mano, mientras las luces de la pista les envolvían, y si le dijo algo al oído que ella nunca terminó de escuchar, y si le cogió de la mano mientras la besaba. Sus malditos recuerdos se mezclaban, iban y venían:

—No puedo hablar contigo más, ni seguir aquí... ¿Lo entiendes?

Y Teresa asentía con la cabeza mientras un infinito brillo de melancolía cruzaba sus ojos. O eso le parecía a Swann; o eso recordaba Swann; o eso creía recordar Swann. Y las luces, alrededor, y la música.

Después de todo, lo que pasara realmente tuvo poca importancia. Si llegaron a besarse, solo lo supo Teresa y nunca se lo volvió a preguntar; después de esa noche, no volvieron a tener ninguna más. Lo que sí recordó perfectamente al día siguiente, y que cambió su vida por completo, fue la conversación que tuvieron mientras escuchaban una de las primeras canciones del grupo. Empezaron a discutir sobre la música y sobre las diferencias que había entre las canciones fáciles de asimilar y otras más complejas que se necesitaban escuchar más veces; Teresa —y su privilegiada mente científica— dijo entonces la frase que cambiaría para siempre la suerte de Swann:

—¿Por qué no tratas de relacionar los tipos de melodías con variables? A lo mejor al estudiar los casos de las músicas *fáciles* de asimilar, ves un patrón común y puedes llegar a alguna ecuación general para clasificar las músicas...

En la mente de Teresa ya estaban pasando multitud de posibles clasificaciones, entornos, variables, parámetros que se podrían utilizar... Y si ella se hubiese puesto en serio a trabajar sobre eso, seguro que hubiese llegado a desarrollarlo mucho antes que Swann, pero a la mañana siguiente su cabeza estaba centrada de forma exclusiva en su examen de geometría del espacio-tiempo; todo lo demás fue borrándose de su mente.

Pero Swann siguió dándole vueltas; en los días siguientes, estudió la mejor manera de clasificar las canciones y encontrar una medida objetiva para categorizar cualitativamente el tipo de música, la melodía, los timbres de los instrumentos, la estructura... A los tres meses de investigación consiguió, mediante cuarenta parámetros diferentes (en una primera versión), clasificar perfectamente una canción que estuviese escuchando; de esta manera, podía situarla dentro de un campo de coordenadas, poder comparar así diferentes canciones y ver los elementos que tenían en común y en qué se diferenciaban.

Swann llegó a la conclusión de que tendría que hacer un estudio considerable de canciones y pensó que la mejor manera de resolver el problema sería utilizando redes neuronales de inteligencia artificial. En los últimos años se había desarrollado enormemente ese campo gracias a los avances en *machine learning* y en la ingente cantidad de datos disponibles *online*. Se habían logrado hitos significativos: casi no quedaba ningún juego *humano* —ajedrez, Go, damas...— ni videojuego en el que el campeón mundial no fuese un ordenador con una implementación

adecuada de un algoritmo de inteligencia artificial.

Recientemente había leído varias noticias sobre una empresa de investigación que era referente en IA y que había logrado varios éxitos aplicando este tipo de tecnología. Contaba con un departamento —el equipo Omega— cuyo objetivo era el desarrollo de una inteligencia artificial *general*. Swann consiguió el contacto, a través del periodista que firmaba la noticia, de un tal H. Socas, uno de los ingenieros que trabajaban en el equipo.

—Es difícil. Necesitamos tiempo de computación y está bastante restringido —le comentó Socas por teléfono—. El equipo en el que trabajo está desarrollando un nuevo sistema de computación llamado Prometeo con un algoritmo de *deep learning* que creo que serviría para tu problema. Es bastante genérico en la resolución de problemas y tiene un proceso de automejora recursiva que creo que podría funcionar. Tendría que programar en Python un pequeño módulo inicial más específico para empezar a entrenarle.

—Pues dime qué necesitas para conseguir ese tiempo.

—Déjame pensarlo... Un día de estos se lo comento a Max, mi jefe, a ver si le interesa el proyecto. ¿Qué necesitas exactamente?

—Generar primero un algoritmo para que la IA vaya posicionando todas las canciones que pueda dentro de un campo de variables que he definido y después que vaya comprobando el éxito que han tenido esas canciones mediante varios criterios: número de escuchas en servicios de *streaming*, ingresos mundiales obtenidos por

la canción, percepción de la gente en redes sociales, puntuación en medios especializados, etc.

—¿Y qué quieres obtener?

—Que después de todo el proceso de aprendizaje, el algoritmo escuche una canción y sepa predecir el éxito que va a tener...

—Me parece interesante. Prometeo tiene la particularidad de que va más allá de las soluciones restringidas a un problema particular, es decir, que muchas veces encuentra caminos que a nosotros nos parecen próximos al pensamiento lateral.

—Genial; cuando sea un éxito y nos hagamos ricos y famosos, habrá que reconocerle a Prometeo su parte de éxito.

Y funcionó. A las dos semanas recibió un mensaje de H. Socas diciéndole que todo estaba en marcha. A su jefe, fanático de The Beatles, le había encantado el proyecto; lo habían aprobado en el Comité de Dirección y habían empezado a trabajar en el algoritmo. Tenían prioridad *naranja*, es decir, que podía utilizar el 3 % de toda la capacidad de computación de Prometeo. Además, según le explicó, el algoritmo había entendido desde el principio, casi sin errores, que el objetivo era buscar las canciones de mayor éxito posible. El mismo algoritmo empezó a generar sus propias APIS para conectarse a bases de datos públicas, donde recogía mucha más información de la que parecía útil a primera vista.

Swann se conectaba casi de forma permanente a la web, de acceso privado, que le permitía ver los avances

en tiempo real de los resultados del algoritmo. Programó varias visualizaciones diferentes y, después de varias semanas, empezó a tener resultados significativos. El algoritmo podía predecir con una exactitud sorprendente tanto las ventas como la cantidad de escuchas *online* que iban a tener las canciones y le daba un porcentaje que indicaba el éxito esperado que tenía ese grupo o cantante; a medida que pasaba el tiempo, iba confirmando que las predicciones que le iba haciendo la IA eran cada vez más afinadas. Socas bautizó el algoritmo como Algoritmo Swann y así empezó todo.

Unos meses más tarde, surgieron también las primeras noticias sobre el desarrollo de una nueva sustancia química, artificial, que podía potenciar y multiplicar naturalmente ciertas propiedades neuronales relacionadas con la percepción auditiva, en especial las resonancias simétricas creadas por sonidos armónicos. La noticia pasó sin pena ni gloria por la mayor parte de medios de comunicación; nadie podía imaginar en ese momento que todo iba a cambiar.

Una de las compañías de biotecnología más importantes del mundo había anunciado la creación de una nueva droga sintética, *euphoria*, que fue aprobada —en un tiempo milagrosamente corto— por los organismos mundiales de control de medicamentos. La droga, considerada psicotrópica, ya que modificaba temporalmente la psique del individuo, conseguía potenciar los estímulos placenteros que producían las ondas sonoras melódicas —la música— en los seres humanos: actuaba aumentan-

do temporalmente los circuitos neuronales entre la corteza auditiva primaria, el hipocampo y la amígdala, no solo incrementando el número de conexiones, sino también la velocidad de transmisión.

«La sustancia tardaba unos diez minutos en metabolizarse y en aparecer las primeras sensaciones: los estímulos auditivos, en un primer momento, provocaban unos escalofríos placenteros que recorrían suavemente la columna vertebral; a partir de aquí, y dependiendo de cada persona y de la música que estuviese escuchando, los sentimientos subjetivos se iban potenciando enormemente: la tristeza, la felicidad, el odio, el amor, la ira... Todos los vectores sentimentales de la música se hacían intensos y vivos, provocando que las sinapsis neuronales del oyente transmitiesen casi diez veces más de información, amplificando cada sutileza musical en una cascada de emociones que, a su vez, desencadenaban en multitud de recuerdos y sensaciones de la memoria de cada uno.

»Por supuesto, tenía también algunos efectos secundarios que afectaban de forma distinta a cada persona: sensación de sequedad en la boca, cierta pérdida cognitiva de los sentidos... Normalmente no eran importantes, y afectaban a muy pocos consumidores de la droga [...].»

(*Neurología Clínica II*, 8.^a edición. Bradley, Daroff, Fenichel, Jankovic. Elsevier Health Sciences. 2020).

Swann, ya más tranquilo, volvió a entrar en el bar para terminar de ver el concierto y pedirse la última copa. El

grupo tenía potencial y estaba contento de haber salido esa noche. Se quedó mirando la luz variable de la barra, que aumentaba y disminuía la intensidad y el color en función de la música que estaba sonando. Era increíble toda la nueva industria que se había ido creando en relación con la música en directo. Gracias a *euphoria*, la música en vivo se había convertido en la principal actividad lúdica de los seres humanos y había provocado una verdadera revolución tecnológica alrededor, no ya solo de los equipos sonoros (altavoces, amplificadores, micrófonos, cajas de efectos, nuevos instrumentos...), sino de todo aquello que mejoraba y potenciaba la puesta en escena de un concierto de música: equipos de complejos sensores que captaban las melodías y las transformaban en impulsos lumínicos, cambiando completamente la luz del bar en cada canción; grandes *subwoofers* que emitían impulsos en frecuencias bajas, inaudibles para el oído, pero que hacían sentir las ondas rítmicas como un temblor que recorría todo el cuerpo; emisores de olores sincronizados, grandes climatizadores que cambiaban al instante la temperatura de la sala en función de la temática de la canción... Los grandes bares de música en directo habían comenzado una desenfadada carrera tecnológica para ofrecer al oyente *euphorizado* las últimas y más caras tecnologías al servicio de la música.

—¿Es usted Swann? —la camarera interrumpió sus pensamientos.

—Sí. ¿Te conozco?

—No, pero un hombre me ha dado esto para usted.

Swann cogió el sobre que le tendía la camarera.

—¿Está por aquí? —preguntó Swann mirando alrededor.

—No, me lo dio hace un rato y me dijo que cuando acabase el concierto se lo entregase.

El sobre no tenía ninguna inscripción ni dibujo; lo abrió y leyó el breve mensaje que contenía: «Mañana, en el bar Havock, a las 21:00». Swann sonrió mientras se terminó de un trago la copa. «El Sr. Pinker ha vuelto», pensó mientras hacía una seña a la camarera.

CAPÍTULO 2: AMANDA

*An argument for consciousness
The instinct of the blind insect
Who never thinks not to accept
His faith, that's faith
There's happiness in death
You get to the next one
You get to the next on down the line
(I Believe in Symmetry - Bright Eyes)*

El Sr. Pinker estaba en una de las últimas mesas del local, con su *gin-tonic* de siempre, esperando impacientemente. Su amistad comenzó hacía más de veinte años compartiendo, en una fría noche de playa, una botella de vodka. Se conocieron cuando Swann estaba completamente enamorado de Amanda.

Pinker era un inmenso erudito en casi todas las temáticas, discusiones, dudas y problemas posibles. Hablaba de todo con tal seguridad que la gente que

no le conocía mucho aceptaba sus explicaciones sin dudar.

—Vaya, hoy *casi* no llegas tarde.

Swann le sonrió, como siempre hacía. Los dos conocieron a Amanda el mismo día, en unas vacaciones que iban a ser normales, en una noche como otra cualquiera, al lado del mar. Habían pasado ya casi veinte años, pero cerraba los ojos y recordaba cada sensación que tuvo esa noche. *Y, por supuesto, Pinker también estaba allí.* Y lo que parecía que iba a ser una competición por conquistarla, con un claro vencedor desde el principio —en esa época Pinker era más alto, jugaba mejor al fútbol, empezaba a estudiar Medicina—, se convirtió en una época que Swann vivió como un sueño. Por ella empezó a escribir un libro, *El último beso de Amanda*, que tenía escondido en un cajón perdido y que nadie había leído aún.

—Vamos, hoy tengo algo que te va a encantar —dijo Pinker mientras cogía del brazo a Swann para llamar su atención.

La atmósfera del bar fue cambiando a *modo concierto*: las luces directas se fueron desvaneciendo, mientras un gran número 100 proyectado sobre la pared del fondo empezaba a materializarse. 100, 99, 98, 97... El público empezaba a corear el nombre del grupo.

—A ver, cuéntame qué tienes para mí.

—Esta información te va a costar una pasta.

—Como todas. Como esa cantante que se rifaban las productoras o el grupo ese al que fuimos a ver a un bar de Damasco.

—Hombre, no todos los días acierto, pero esta vez es la buena...

El grupo empezó con unos acordes de sintetizador³, con una voz del cantante cristalina y frágil que fue haciéndose cada vez más potente; iba dejando espacio a las guitarras eléctricas. La cabeza de Swann trabajaba en segundo plano cada vez que escuchaba música nueva y, aunque no era plenamente consciente de ello, estaba clasificando y valorando la actuación del grupo.

—¿Qué vas a querer esta vez por la info? —le preguntó Swann.

—La verdad es que ahora me viene mejor echarme algo de pasta al bolsillo. ¿Lo de siempre?

—Hecho.

Hacía tiempo que no hablaba con Pinker y echaba de menos sus conversaciones. Casi no se veían; la vida de Pinker había cambiado mucho: había tenido un niño y había desaparecido de la vida más allá de la hora de la cena. Con Pinker, y con el inefable Corey, había hablado, discutido y bebido multitud de veces sobre la vida, sobre el arte, sobre la religión y Dios (sobre esto cuando eran más jóvenes, enseguida se cansaron. Memorable fue la noche que cenaron y bebieron en casa del párroco del barrio tratando de convencerle e intentando agrietar su fe, al estilo Unamuno. El pobre hombre se aburría pronto de ellos y no encontraba la manera de que se fueran y le dejaran dormir tranquilo). Pero las conversaciones más interesantes siempre trataban sobre arte y de cómo se po-

3 *I Believe In Symmetry* (Bright Eyes).

día valorar objetivamente. Por supuesto, Pinker, armado de sus amplios conocimientos de pintura y música, debidamente titulados y avalados por las instituciones oficiales pertinentes, dotaba a su percepción y sensibilidad el rango de valor objetivo del arte, es decir, si él decía que un grupo de música era interesante y que se convertiría en un clásico, poco más se podía objetar. De nada valía la *subjetividad* en el arte que defendían los otros. Incluso más radical era Corey, que vehementemente apoyaba su idea de que todo era tan subjetivo, tan propio de cada uno, que le parecían auténticas bazofias las listas de éxitos, las críticas artísticas (ya fuesen musicales, cinematográficas, literarias...), y pensaba que todo empezaba y acababa en cada uno.

Le sorprendió la cantidad de capas diferentes que fueron incorporándose a la melodía: el grupo empezaba a sonar bien. Pinker también se había callado para escuchar mejor la música en directo; empezó a garabatear en un papel y se lo acercó a Swann. Este lo cogió y, aunque estaba oscuro, pudo leerlo: «Nivel Swann: 98».

Se echó a reír. El *nivel Swann* era el porcentaje que daba el algoritmo para predecir el éxito de un grupo. Pinker era uno de los pocos que tenía acceso al programa y podía subir música para que la IA la analizase. Sabía de sobra que ningún grupo hasta ahora había pasado de los 90 puntos de Sigur Rós, el grupo islandés que fue la punta de lanza de la carrera de *descubridor* de Swann y que seguía convirtiendo cada lanzamiento de un nuevo disco en un auténtico fenómeno mundial. El concierto de presenta-

ción del disco se retransmitía en directo para la mayor parte de países y los derechos de emisión estaban tan cotizados como un Mundial de fútbol o la Superbowl.

—Así que 98...

—Como te lo digo. He repasado tres veces el procedimiento y no hay ningún error. Tenemos la gallina de los huevos de oro, pero hay un problema: el archivo de audio está grabado por un móvil, en una de las pruebas de sonido que debieron hacer en el estudio, mientras grababan el disco.

—¿Dónde?

—No se sabe con seguridad, pero dicen que se grabó en Estocolmo.

—¿Estocolmo?

—Sí. Y ya soy muy mayor para ir a buscarlos. Prefiero, como siempre, asegurar el tiro y que te lleves tú la gloria de todo... «El descubridor Swann, el mejor oído del mundo...», «Swann y su método mágico...». Ya sabes.

Por supuesto, Swann no creía que pudiese tener un grupo de 98, pero le había picado la curiosidad y estaba decidido a escuchar esa prueba de sonido. Tendría que escribir también a su discográfica para que pusieran todos los recursos posibles en encontrarles.

—Como siempre, te aprovechas de mí —sonrió Pinker mientras le daba la mano para cerrar el acuerdo.

—Terminamos el concierto este y vamos a tu casa a escuchar a ese grupo *misterioso*.

—Hecho —y mientras decía esto, hizo una seña a la camarera para que se acercase a la mesa—. Tráenos una

botella de champán, por favor, y un par de euphorias, que tenemos algo que celebrar.

La camarera asintió y al momento les dejó en la mesa la botella, dos copas de cristal fino irisado —que cambiaba sutilmente de color con la música— y dos bolsitas, cerradas herméticamente, con una píldora cada una en forma de caramelo. El pequeño envase individual siempre tenía que estar sellado y cerrado, con un recubrimiento de papel especial que autentificaba el origen de la droga y que aseguraba que había pasado los controles de calidad pertinentes.

Swann y Pinker cogieron una píldora cada uno, esperaron que les sirvieran la copa y se la tomaron acompañándola de un buen trago.

Swann empezó a sentir un hormiguelo en el estómago; por supuesto, la droga todavía no había podido hacer ningún efecto; eran simplemente reflejos nerviosos por la incertidumbre de lo que iba a sentir en breve, parecido a lo que se siente en una montaña rusa cuando vas subiendo lentamente hasta alcanzar una altura considerable. Esos segundos previos a la gran caída, a la gran descarga de adrenalina, pueden ser tan terroríficos o más que la propia sensación en la bajada.

La música empezó a llenar su cabeza de recuerdos que venían como *flashes* que llenaban su mente; las imágenes de ella, su pelo rubio rizado, sus ojos, la forma que tenían de hablar, de mirarse. *Sabes que sentía como tú, cada vez que te acercabas, cada vez que notaba tu aliento en mi cuello (me dijiste). Sabes que te hubiera besado. Pero me contaste que eras feliz, que*

él escondía los regalos por toda la casa y jugabais a encontrarlos juntos. ¿Por qué? Pero esa noche eras mía y estuvimos tanto tiempo juntos, solos, primero en aquel bar en mitad del mar, ¿o era un barco?

La música fue variando suavemente hacia tonos más lejanos, de hecho Swann escuchaba la música como si se fuese alejando, como si estuviese viviendo otra vez la historia de esa noche. *¿Y por qué siempre se arrepintió? Solo quedábamos nosotros y otra pareja de amigos; estaban esperando que nos besáramos, que fuese la noche que tuvo que ser, que pasar. ¿Por qué no ocurrió? Sé que ahora me estás escuchando, me estás viendo, me estás leyendo, quiero volver a allí a aquel bar, a aquel barco, a la vuelta a casa que hicimos en tu coche; ¿te acuerdas? Lo aparcaste cerca del bar donde nos conocimos y estuvimos juntos hasta que se hizo de día. Hablando, mirándonos. Los días siguientes, cuando volvía solo, siempre buscaba tu coche, siempre lo aparcabas en el mismo sitio. Siempre volvía allí. ¿Recuerdas lo que escuchamos? ¿Recuerdas la música? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?*

Swann respiró profundamente, tratando de calmarse. La maldita música le estaba provocando tristeza, tristeza y tristeza. La voz del cantante empezó a repetir una y otra vez una palabra que no llegaba a entender. *Las luces del bar repetían también el mismo patrón.* Swann empezó a temblar. *Comprendía que esa palabra era crucial. Quizá fue la que ella le susurró y no consiguió entender. Quizá fue por eso: nunca entendió por qué no pasó nada.*

Ella a su alrededor, flotando. Detrás esa barra de madera oscura. Botellas iluminadas. Ella sonriendo. Ella hablando. ¡Sí! ¡Se besaron! Se estaba viendo junto a ella. Cómo aprovecharon cuando

se quedaron solos para darse miles de besos fugaces y eternos, besos leves, frágiles, besos de aire dulce y caliente,

besos de cristal, rotos,

besos llenos de desesperación,

Esa palabra era todo.

Y de repente, estaba viajando. *Swann volvió al lugar donde se conocieron, al bar donde se besaron por primera vez. Quince años después, volvió a recorrer el mismo camino, la misma carretera, los mismos lugares reconocibles. Todo había cambiado, todo estaba diferente. Y después de quince malditos años, Swann le mandó un mensaje a Amanda, a su Amanda, en un tono neutro y distante, en un tono que nunca había utilizado con ella. Necesitaba sentirla otra vez, quería volver a tenerla.*

Todo había cambiado; era más triste, gris, insensible. Swann recordaba cada bar, cada esquina, cada banco en que habían estado hace tanto tiempo. Todas las ilusiones, los futuros infinitos, invencibles, las tardes eternas de playa, las noches de besos y emociones incontenibles, todo, había pasado en los sitios por los que pasaba ahora.

¿Te acuerdas, Pinker?, ahora estoy en el mirador, detrás de una cristalera desde donde se ve el puerto, aquí fue cuando pediste a Amanda que saliera contigo. Aquí me quedé temblando, esperando el trágico final... Pero Amanda volvió, se sentó a mi lado y fue más cariñosa que nunca; aquí mismo, donde estoy ahora tomando un triste gin-tonic, mirando el teléfono, por si Amanda después de quince años tiene algo que decirme, porque no me creo, maldita Amanda, que no quieras ni siquiera contestarme. ¿De verdad olvidaste quién era? ¿Fui tan poco para ti? ¿Y si entraras ahora por esta puerta? ¿Y si mi mensaje ha hecho que vuelvas al mismo lugar donde nos conocimos?

La música estaba haciendo que Swann volviese a sentir, *entre desesperación y desesperación*, todo lo que sintió con su primer beso.

Vuelvo, vuelvo una y otra vez, pero nunca estás. ¿Y si entrases ahora?

Swann miraba una y otra vez, esperando recibir su mensaje. Lo sé, no será «cuánto tiempo, te he echado tanto de menos, sabes que te quiero, ¿verdad?». Y Swann seguía con su gin-tonic, un triste Tanqueray expuesto como si fuera la joya de la corona. Veía el puerto, pero no era el mismo. No podía ser el mismo. Pero Amanda, triste, lejana, gris, cambiada, no contestaría nunca, ¿por qué no tienes nada que decirme? Tengo cientos de páginas escritas por ti, entre palabras de memorias y mentiras, tratando de entender cómo iluminaste todo, y ni siquiera vas a contestar el mensaje... Swann siguió pidiendo tristes gin-tonics, dejando que esa noche fuese desapareciendo para siempre. Había vuelto al mismo sitio, solo para sentir que todo había cambiado, y que, después de escribirle, ya no le quedaba nada. Garabateó en una servilleta.

*Ni lunas, ni palabras llenas de odio
perdidas, entre las playas, los bares, las calles
que una vez existieron.*

Pero sí contestó al mensaje. Después de quince años, después de recorrer mil veces el mundo, escribir tres libros, morirse mil veces de amor, Amanda, *la dulce Amanda*, contestó su mensaje: Swann se quedó en *shock* unos momentos. Al fin lo había conseguido, pero tenía miedo.

Era una respuesta breve, clara, concisa, cariñosa, suave; eran pocas palabras que llenaron a Swann de una inmensa seguridad y felicidad. El mensaje empezaba por «joder qué fuerte». Amanda se acordaba de él —de eso estaba seguro—, pero una vez que había lanzado su mensaje, Amanda le había respondido; él había vuelto a contestar y ahora se abría un maldito mundo de incertidumbre. ¿Sería su último mensaje? Ahora que había conseguido llegar hasta ella, ¿podría volver a sentirla? Quería volver a verla; eso era lo único que tenía sentido en su vida.

Pero para Amanda no era el momento; sonrió mientras contestaba rápidamente ese mensaje. Su vida se desmoronaba: había descubierto por fin lo que tanto temía y veía cómo su matrimonio se deshacía en sus manos. Swann siguió esperando, mirando estúpidamente el móvil durante miles de horas, pero Amanda no volvió a contestar. Y pensó que era el final, que había tenido una última oportunidad y que sus malditas palabras no habían conseguido llegar a ella lo suficiente como para seguir en contacto. Pero no era el final; todavía quedaba un último encuentro, varios años después, de una forma que ninguno se esperaba.

La música cesó bruscamente y un suspiro generalizado se escuchó en la sala. El público empezó a aplaudir y a pedir otra canción al ver que las luces del escenario comenzaban a apagarse. Swann se quedó un momento con la cabeza entre las manos, esas últimas notas tristes habían ido cambiando sutilmente sus recuerdos y de pronto recordó nítidamente el sueño que tuvo la noche anterior:

llegaba a casa por la tarde, abría la puerta y sentía, como en una pesadilla, que estaba atrapado con una mujer que no llegaba a conocer, su cara estaba difuminada y no llegaba a distinguir sus rasgos. Se sentía incómodo, lleno de angustia, compartiendo momentos normales de convivencia —estar sentados en el sofá, hacer juntos la comida...—, con alguien que no conocía. Tenía la sensación de estar soñando; sabía que no tenía ninguna lógica, que en cualquier momento podría levantarse del sofá, abrir la puerta de la casa y marcharse; pero no lo hacía, no podía hacerlo. De vez en cuando, levantaba la cabeza para intentar ver con quién estaba, pero solo llegaba a adivinar cierto pelo largo, quizá castaño, quizá rubio, y ella casi siempre le ignoraba. Siempre tenía una sensación de intranquilidad, de incomodidad, que iba creciendo poco a poco; empezaba sutilmente, pero cada segundo del sueño iba creciendo y creciendo, hasta que llegaba a un punto de angustia que le hacía abrir los ojos y despertarse. Siguió escribiendo.

*Incontenible el último odio: la última bocanada
de aire,
y entonces entra ella,
con sus ojos llenos de ira cotidiana,
del desastre de cada día,
la desesperación de un día cualquiera: las palabras frías,
la maldita sensación de perder los preciosos segundos
en luces de decepción, en mentiras que no son,
en oscurecer la propia luz que sale a borbotones
de cada esquina de la casa.*

—Vamos, ¿te has quedado dormido? —le preguntó Pinker mientras le agarraba del brazo.

Swann le miró desconcertado durante unos instantes hasta que su mente se centró y se dio cuenta de dónde estaba.

—Hora de irse —dijo Swann mientras se levantaba—, vamos a tu casa a escuchar a ese grupo único en el mundo.